



RUBÉN CHACÓN - @Filosocine

## Ciegos jugando al ajedrez sin piezas

Una reflexión inspirada por la película *Vanishing Waves*, de Kristina Buozyte (2012)

*No imagines que estás solo en tu pueblo, en tu ciudad, en la Tierra y en los infinitos mundos.*

*No imagines que estás encadenado a este tiempo y a este espacio.*

*No imagines que en tu muerte se extiende una soledad interminable.*

*Imagina cómo sería tu vida si fueses capaz de eternizar cada instante.*

*Suspendiendo tu espíritu finito en esa carcajada, en esa mirada, en ese abrazo que te arraiga en el infinito.*

*Imagina una existencia no constreñida a unos espacios, ni sometida a las convenciones que rigen en ellos.*

*Imagina amar-vivir-amar sin prisa porque hubieras elegido disponer de todo el tiempo del mundo...*

¿Podríamos habitar lugares carentes de espacio?

¿Sería posible disfrutar de instantes que se hallasen fuera del tiempo?

¿Seríamos capaces de prescindir del lenguaje para llegar a pronunciar nuestra propia palabra...?

¿Y por qué debería yo plantearme todas estas gilipolleces...? ¡Bien dicho! Seguramente es lo mismo que dirían los dos personajes de nuestra película de hoy. Hasta que pasaron a protagonizarla...

Él no es feliz. Desayuna cada día una insípida papilla de inautenticidad. Los bolsillos de su bata de científico están tan atiborrados de dogmas y consensos, que la prenda le pesa, le roza y le lastra. Su casa es un pozo de arenas movedizas. Convive adherido a una mujer mediante ese engrudo rígido mal llamado amor que, al endurecerse, se agrieta y se quiebra. Como sus creencias... Su vida es tan plana y gira en un inmovilismo tan frenético como las tiras de dibujos de un zoótropo. La sensación de movimiento en su vida es tan sólo eso, una sensación. Una manchita en una gráfica bidimensional, que invierte todo el tiempo que le ha sido otorgado con desapasionado entusiasmo, sin pretender aspirar a ocupar más espacio del que le ha sido asignado. Se llama Lukas.

Ella tampoco es feliz. Algunos incluso dirían que ni siquiera es... Difícil asegurar que exista, más allá del plano físico. Es joven, es bonita y sensual, pero vive postrada en una cama. Una Bella Durmiente escarificada por la inmovilidad. También se llama Aurora. Se pinchó con sus creencias y éstas la dejaron en coma. Es el epítome del ser inauténtico de Heidegger: engulle todo lo que le dan a tragar y adopta sin renuencia la posición en la que le ponen. Ocupa un espacio en el tiempo, pero no reclama un lugar. Inspira sin aspirar a vivir su momento, quizás a la espera de un beso que la rescate de su limbo.



Lukas acaba de declinar mentirosamente la invitación que le ha hecho su mujer para irse juntos a la cama. Tiene que acabar otro inacabable informe del trabajo. Pero, por la sucesión de brillos que proyecta sobre él la pantalla de su ordenador, deducimos que no debe ser precisamente un procesador de textos lo que tiene abierto. Ahora le vemos masturbarse tan dócilmente, que no sabemos si nos desagrada más que haya preferido engañar a su mujer por tan poca cosa, o que estemos más familiarizados de lo que nos gustaría reconocer con este tipo de escenas...

Puede que empatizar con Aurora resulte más complicado, debido a su estado comatoso. Pero, ¿y si pensásemos en ella como en un Gulliver inmovilizado en su duro lecho por una ingente cantidad de cuerdas liliputienses...? Permanecerá paralizado mientras siga convencido de que las diminutas sogas son verdaderas porque, si no lo fuesen, ¿por qué otra razón iba a creer en ellas?

Los liliputienses, por su parte, también confían en que Gulliver crea que las cuerdas no sólo son verdaderas, sino lo suficientemente gruesas y resistentes como para mantener cautivo a aquel gigante. La verdad, el grosor y la resistencia de lo verdadero, es algo que damos por supuesto cada minuto del día y muchas veces con consecuencias que distan mucho de ser triviales. Estos repertorios de dogmas (tanto los explícitos como los sobreentendidos) tienen consecuencias directas, tangibles, en las decisiones, en los comentarios y en las acciones que tomamos a diario. Tanto la historia como los acontecimientos más cotidianos están llenos de incidentes (¿hace falta nombrarlos?) motivados en buena medida por la convicción de un individuo, o de un grupo, de que un conjunto de creencias es verdadero y otro es falso.

Lo que nos lleva a la cuestión principal y verdadero *leit motif* de estas [Reflexiones de Película](#): ¿qué hace que una afirmación sea verdadera? Pues ni más ni menos que la existencia de otras afirmaciones (o creencias) que se da por sentado que son verdaderas y que le otorgan veracidad. De modo que la pregunta que realmente queremos hacernos es: ¿qué tienen en común las afirmaciones (o las creencias) verdaderas que las hace verdaderas...?

## VERDAD VERDADERA

A lo largo de, literalmente, miles de años se han acumulado teorías que han intentado dar respuesta a esta pregunta. Relatos dentro de otros relatos que hemos ideado para tratar de explicar la causalidad oculta de la vida. Independientemente de que decidamos denominarlas cuentos, narraciones, fábulas, historias, películas, hipótesis o leyes científicas, lo cierto es que (como expone brillantemente el divulgador [César Tomé](#)) podemos integrarlas en dos grandes conjuntos de teorías de la verdad: por un lado las llamadas correspondientes y, por el otro, las conocidas como coherentes.

Según las primeras, lo que hace a una afirmación (o creencia) verdadera es que se corresponde con una realidad completamente independiente de nosotros y objetiva. Esto es, que no depende de lo que creamos o dejemos de creer. En este contexto una afirmación falsa sería la que no se correspondiese con esa realidad independiente y objetiva. Para muchos (científicos o no) esta es la posición que asumen por defecto: creer en la existencia de una realidad “real” y cognoscible.



El segundo conjunto de teorías estipulan que lo que hace una afirmación (o creencia) verdadera es que sea coherente con una colección amplia de creencias. Y lo que hace a una afirmación falsa es que no sea coherente con ese repertorio de credos. Las teorías coherentes necesitan especificar de quién son las creencias que se tienen en cuenta a la hora de contrastar la veracidad de una afirmación.

Si las creencias son las de una sola persona estamos ante una teoría coherente individualista: una creencia será verdad para una persona si encaja con su sistema particular de creencias. Análogamente existen teorías coherentes grupales, en las que las creencias son compartidas por varias personas: aquí encontramos las verdades religiosas, las pseudocientíficas, y también las denominadas de sentido común por una sociedad concreta.

No obstante, existe una clase muy especial de teoría coherente grupal. Es la que suscribe el propio Lukas, basada en la ciencia, cuyo sistema de creencias se fundamenta en el consenso científico. Por lo que, a pesar de que, a priori, tenderíamos a asociar las teorías coherentes con los universos mágicos que predicán los clérigos (tanto religiosos como laicos), la mayor parte de los científicos tendrá que admitir (como hará Lukas a lo largo del film) que lo que saben, o creen saber, curiosamente, son afirmaciones coherentes con un conjunto de creencias y no otra cosa.

A primera vista parece que una teoría correspondiente verdad-realidad sería lo correcto, ¿no es así? Todo apunta a que esto sería lo más sensato, si no fuese por un pequeño detalle: no hay forma humana de saber si las representaciones de la realidad que nos suministran nuestros sentidos e interpreta nuestro encéfalo son fieles a la realidad. Einstein nos dijo que la fuerza de la gravedad no existe, sino que no es más que la sensación que deriva de la caída libre en la que nos encontramos constantemente debido a la curvatura del espacio. Parece que nuestro cerebro no es un órgano que esté comprometido con la verdad o con la realidad. Su principal misión es garantizar nuestra supervivencia y transmitir el genoma. Y, en esta tarea, no ha tenido reparos en prescindir de todo aquello que, a priori, pudiera resultar disonante.

“La única forma de salir de este atolladero solipsista es recurrir al consenso científico. Pero entonces nuestra teoría de la verdad ya no sería correspondiente, sino una teoría coherente basada en la ciencia”, apunta Tomé, quien concluye su argumento con una de esas frases capaces de ponernos los pelos de punta (si es que los pelos realmente existen): “Nuestra incapacidad de acceder directamente al conocimiento de la realidad nos obliga a cuestionar la misma existencia de la materia (y, por tanto, de la energía). Esto, completamente contrario al sentido común, es sin embargo lo que viene haciendo la ciencia desde hace siglos”.

Ya en 1844, Michael Faraday, observando que la materia sólo podía reconocerse por las fuerzas que actúan sobre ella, se preguntaba: “¿Qué razón hay para suponer que existe en absoluto?” Antes y después de Faraday, los hombres de ciencia se han dedicado a describir los componentes del mundo físico en función de relaciones que establecen entre ellos, sin importar de qué pudiesen estar hechos, tal y como le pasa al lenguaje en la lingüística de Saussure. La mente analítica de Bertrand Russell ya era consciente de esta situación, cuando escribió en *The Analysis of Matter* que “en lo que respecta a la naturaleza intrínseca de las entidades que conforman el mundo la ciencia permanece callada. Lo que nos presenta es una gran red relacional: todo estructura, nada de materia o energía”.



A comienzos del siglo XX se descubrió que los átomos (hasta ese momento representación última de la solidez) eran realmente espacio vacío. Y la teoría cuántica estableció a partir de mediados de la década de los veinte que las partículas que los constituían no eran cognoscibles como tales, sino que tan solo se podía describir su comportamiento: como si a un ciego que nunca ha tenido una pieza de ajedrez en la mano le describimos como se mueve cada una y eso es todo lo que conoce del juego físico.

La verdadera composición del universo, por tanto y según la ciencia, es ninguna, sólo hay estructura.



## COTO A LA IMAGINACIÓN

Por si esto fuera poco, según la biología molecular, la percepción del mundo que nos rodea es completamente subjetiva. No sólo existen, en este mismo momento 7.000 millones de formas diferentes de concebir la realidad terrestre, sino que, en cuanto termines de leer este párrafo, existirán otras tantas. Porque cada minuto nuestra interpretación de lo que nos rodea varía, pues esta depende de una cantidad ingente de estímulos y procesos químicos que se escapan por completo a nuestro entendimiento.

Nuestras percepciones, emociones y sentimientos no sólo son privadas; también son intransferibles. Yo te puedo describir a ti las mías. Tú a mí las tuyas. Pero ninguno de los dos podemos experimentar las del otro. Creemos hacemos una idea fidedigna de cómo percibe el mundo el otro, que empatizamos mutuamente. Y, sin embargo, podríamos estar a años luz sin sospecharlo. Tan sólo podemos inferir lo que siente en otro con base en lo que nosotros sentiríamos ante una situación análoga, y en función de la intensidad de la expresión de sus emociones. Pero no tenemos acceso directo a ellas. Por lo cual siempre cabe la sospecha de que el otro podría estar fingiendo, empleando lo que se conoce como “inteligencia maquiavélica”. Una ficción dentro de otra ficción...

Todos tenemos vecinos, vamos al trabajo, compartimos nuestra vida con otras personas. Y de la interacción con ellos se genera otra realidad emergente que se extiende mucho más allá de la mera suma de las percepciones individuales. Al insertar nuestras experiencias, emociones y creencias privadas en el sistema grupal, contribuimos a generar una grandísima ficción compartida (o no) que poco o nada tiene que ver con



nosotros mismos. Como si nos saliésemos de nuestra dimensión espaciotemporal individual para pasar a habitar en otra consciencia completamente ajena, más o menos impuesta, más o menos alienante. Como si nos asignasen un papel en una magnífica obra de teatro o en una película que se estuviera proyectando dentro de nuestras cabezas.

Con lo cual, evidentemente, no podemos hablar de una realidad absoluta, de una realidad objetiva. Podríamos perfectamente estar participando en un sueño colectivo inducido como el que nos proponía Nolan en *Origen*; formando parte de un experimento llevado a cabo por una inteligencia superior a la nuestra (como sugería la secuencia final de *Men in Black*); suspendidos, como es el caso de Aurora, en un estado de coma profundo; o sirviendo de pilas alcalinas para la enorme computadora que nos mantiene entretenidos en la realidad virtual de *Matrix*, y no tendríamos forma de saberlo. En resumen, no hay manera humana de saber cómo es la realidad realmente.

Si cada uno de nosotros percibimos el color, el sabor o el dolor de una forma distinta, parece lógico pensar que lo que tú deseas, lo que esperas, o lo que crees que el mundo te debería otorgar a cambio de tus actos será muy diferente de lo que pueda pensar, esperar o creer yo, ¿no? Por tanto, cuando interaccionamos tú y yo, ¿qué nos concede el derecho de esperar que suceda algo concreto? ¿Por qué nos genera entonces tanta controversia que suceda otra cosa distinta? ¿Dónde está la ficción pues...? Parece que no nos basta con jugar al ajedrez sin fichas sobre un tablero que no somos capaces de ver, sino que además nos hemos aficionado a generar expectativas con base en los movimientos invisibles que esperamos que efectúen otros jugadores igual de ciegos que nosotros... Los seres humanos no sólo nos caracterizamos por nuestro capcioso arte de proyectar en el futuro lo que creemos que va a pasar, sino por nuestra aún más quimérica pericia de comenzar a vivirlo hoy.

La principal misión de nuestro cerebro es generar un comportamiento en el mundo que se le proyecte -que éste tenga sustancia física o no se la trae al paño. Y para enfocarse a la acción necesita un plan, una estrategia. Este plan como es dinámico en el tiempo implica que el escenario se halla en constante cambio. Por tanto, la calidad de nuestra estrategia depende directamente de nuestra capacidad de prever el futuro, porque yo no puedo tener un plan de acción exitoso si no soy capaz de anticipar lo que va a ocurrir y adaptar mi comportamiento con antelación.

Esto explica por qué nuestra mente vive constantemente en el futuro. También por qué el presente se encuentra incesantemente deformado por nuestra imaginación. Porque planificar para generar una estrategia es imaginar. Si hay algo que a los seres humanos se nos da divinamente es imaginar. Y al imaginar nos perdemos la realidad. Una realidad que, recordemos, tampoco podemos demostrar a ciencia cierta que exista tal cual la percibimos.

Así pues, la única forma de salir de este atolladero es recurrir al consenso. Es bueno que exista un consenso. Al fin y al cabo, somos seres sociales: necesitamos vivir en sociedad. Y para ello necesitamos ponernos de acuerdo sobre cómo hacerlo. Si hasta aquí estamos de acuerdo, convendría entonces que no se nos olvidase nunca que nuestra teoría de la verdad (la forma en la que entre todos hemos acordado que hemos de concebir la realidad) ya no sería correspondiente, sino una teoría coherente con un megamix científico-



consuetudinario-religioso sedimentado a lo largo de milenios de convivencia. Pero lo verdaderamente importante, es que el objetivo de ese consenso, no es regular la “realidad” presente, sino establecer unas reglas para la “realidad” futura. En una palabra: acotar nuestra imaginación.

Espero (y te agradezco) de todo corazón que hayas sido capaz de seguirme hasta aquí, porque ahora te expondré la cuestión que verdaderamente me preocupa y por la cual creo que *Vanishing Waves* es una peli tan oportuna...

¿Nunca has tenido la sensación de concebir una realidad que no se adecúa al consenso? Si alguna vez te ha ocurrido esto, habrás comprobado que inmediatamente tu cerebro se pone a hacer lo que mejor se le da: imaginar escenarios de futuro coherentes con esa realidad subjetiva no consensuada. A algunos con llegar hasta aquí ya les vale... Otros incluso se ganan la vida narrándoles al resto sus crónicas imaginarias sobre esas otras realidades alternativas que únicamente se desarrollan en su cabeza. Y aunque al principio las perseguía con furia y saña, con el tiempo, el consenso ha llegado a aceptar, catalogar y hasta comercializar lo que comúnmente se conoce como “ficción”.

Pero, ¿qué pasaría si a alguien le diese por ir más lejos...? ¿Y si un individuo, en lugar de tirar a tiempo de la brida, dejase que su cerebro se desbocase...? ¿Y si se pusiera a esbozar estrategias y tácticas detalladas que orientasen su curso de acción en dichos escenarios de futuro...? ¿Y si para ese loco o esa loca, tener éxito en la vida dependiese de adoptar un comportamiento coherente con esa proyección...?

Cuando se dice que las mujeres y los hombres son seres históricos, no sólo nos estamos refiriendo a que son capaces de poner en marcha su tiempo. También lo decimos porque están capacitados (tanto a título individual como en representación de un consenso grupal) para detener el tiempo de otros. Somos seres históricos porque tenemos el poder consensuado de orientar el futuro de los demás, de imponérselo (si no se dejar “orientar”) y, en última instancia, de arrebatárselo.

Decía Silo, el fundador del Movimiento Humanista, que “cada vez que un individuo o un grupo humano orienta coercitivamente a otros o se les impone violentamente, logra detener la historia convirtiendo a sus víctimas en objetos “naturales”. Al disuadirles de sus intenciones, al negarles su libertad, al robarles su futuro, se los convierte en objetos de uso”. Así pues, ¿qué es vivir en sociedad sino una constante y mutua cosificación tendente a reducir la entropía, a hacernos cada vez más predecibles, a constreñir nuestra imaginación, de modo que todos los posibles escenarios de futuro se reduzcan en pro de una interacción más eficiente...?

Así pues, ¿somos alguien, somos simplemente objetos en manos de los demás? ¿Podría afirmar con rotundidad mi existencia si nadie me viese, si nadie me mirase, si nadie invadiese mi espacio, si nadie reclamase mi tiempo, si ninguna fuerza actuase sobre mí...?